

# LA MEMORIA NACIONAL VERSUS LA MEMORIA REGIONAL, LOCAL Y GRUPAL\*

*Enrique Florescano*

**D**ice el historiador J. G. A. Pocock que

una sociedad puede tener tantos pasados, y tantos modos de dependencia con esos pasados, como tiene relaciones efectivas con el pasado, y debe ser importante para el análisis de la historiografía como para el estudio del pasado tener en mente que la conciencia de la sociedad acerca de su pasado es plural, no singular, y está socialmente condicionada de muchas maneras.<sup>1</sup>

En los varios periodos de la historia de México los distintos grupos que integraron la sociedad establecieron diferentes relaciones con el pasado y, por consiguiente, crearon diferentes imágenes del mismo, a menudo antagónicas de las que desplegaron otros sectores sociales. Si cada sociedad está organizada consciente o inconscientemente para asegurar su propia continuidad, podemos suponer, como dice Pocock:

---

Este ensayo fue leído como la conferencia de apertura del Encuentro de revistas "Las revistas académicas y los debates contemporáneos", celebrada en el Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico, del 8 al 10 de marzo de 2000.

<sup>1</sup> J. G. A. Pocock, "The Origins of the Study of the Past. A Comparative Approach" en *Comparative Studies in Society and History*, 4, 1962: 209-246.

---

... que la preservación de la memoria del pasado tiene la función de asegurar la continuidad de valores y tradiciones arraigados en el pasado, y que esta conciencia del pasado es, de hecho, la conciencia de la sociedad sobre su propia continuidad y sobrevivencia.<sup>2</sup>

Según esta interpretación, las naciones deberían tener muchas memorias del pasado, tantas como grupos étnicos moraron en su territorio. Sin embargo, en nuestros días, al comenzar el siglo XXI, nos encontramos con la paradoja de que México, el país plural formado por múltiples grupos y largos siglos de historia, tiene una historiografía centrada en narrar las hazañas de los vencedores de las luchas políticas de los siglos XIX y XX.

## EL CONFLICTO ENTRE EL ESTADO-NACIÓN Y LA MEMORIA ÉTNICA

François-Xavier Guerra piensa que el verdadero dilema que enfrentaron los estados americanos que surgieron del desmoronamiento del imperio español fue justificar su acceso al rango de naciones. Antes de 1810, la Nueva España y los demás virreinos americanos tenían un concepto antiguo de nación. La idea de nación que sostenían estos países era la de una sociedad estructurada en reinos y ciudades, en estamentos y corporaciones unidos por vínculos tradicionales hacia la patria, la religión, el rey y las leyes del reino. Es decir, se trataba de una nación forjada por la historia.

Frente a esa idea de nación comenzó a definirse una nueva, fraguada en las Cortes de Cádiz y en las luchas independentistas americanas. Era una idea de nación emparentada con la nueva concepción formulada por la Revolución Francesa. Para esta corriente la nación

... está formada por la unión voluntaria de individuos autónomos e iguales. La nación, por lo tanto, es una construcción libre que

---

<sup>2</sup> Pocock, "The Origins of the Study of the Past..."

---

depende de la unión de voluntades individuales. Esta construcción puede inspirarse en la historia como una fuente de experiencias, pero no depende en su esencia de ella...<sup>3</sup>

Esta idea de nación adquirió su faz definitiva en la constitución de Cádiz promulgada el 19 de marzo de 1812. Ahí se estableció que “La soberanía reside esencialmente en la nación”. Es decir, “la soberanía de la nación reemplaza a la del rey”. La nación se “constituye” o, en otras palabras, “comenzaba a existir de una manera nueva”, era “una nueva fundación”.

Para comprender el efecto decisivo que el Estado-nación tuvo en la creación de una nueva memoria histórica conviene recordar que la “homogeneización de la sociedad se realiza sobre todo en el nivel cultural”. Para construir a la nueva nación se unifica la lengua en primer lugar y enseguida el sistema educativo; luego se uniforma el país bajo un único sistema económico, administrativo y jurídico. Y en el caso de que en el mismo territorio convivan varias culturas y naciones, la cultura de la nación hegemónica sustituye a la multiplicidad de culturas nacionales.

El proyecto de Estado-nación que maduró en México durante la segunda mitad del siglo XIX se impuso como primera tarea de someter la diversidad de la nación a la unidad del Estado. Los constructores del Estado anhelaban una nación desprendida de las comunidades históricas que habían formado a la nación plural. Luis Villorio advierte que

En realidad, la constitución del nuevo Estado es obra de un grupo de criollos y mestizos que se impone a la multiplicidad de etnias y regiones del país, sin consultarlos. Los pueblos indios no son reconocidos en la estructura política y legal de la nueva nación.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencia. Ensayo sobre las revoluciones hispánicas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

<sup>4</sup> Luis Villorio, *Estado plural, pluralidad de culturas*. México, Paidós, 1988.

---

## LA AFIRMACIÓN DE UN NUEVO CANON HISTORIOGRÁFICO: LA HISTORIA DE LA NACIÓN

El antagonismo que desarrolló el Estado mexicano contra los grupos étnicos que conformaban la nación histórica es un conflicto conocido, pero no el único de esta naturaleza. La construcción de un Estado de dimensiones nacionales, con fuerza disuasiva en el dilatado territorio y un sistema uniforme de leyes e instituciones públicas reconocidas por la población, necesariamente fortaleció el sistema federal y redujo las esferas de participación de los estados y municipios. Armar una maquinaria política y administrativa de esta magnitud exigió muchos años y sólo se consolidó bajo el régimen de Porfirio Díaz. Implicó, sobre todo, el enfrentamiento entre los intereses políticos, comerciales, agrarios y financieros asentados en la capital del país y los intereses de los grupos regionales.

Podría decirse que desde la mitad del siglo la mayoría de los estados adoptó el federalismo como una forma de proteger su autonomía y responder a las demandas locales y regionales que formulaban sus ciudadanos y los organismos que los agrupaban. Por esta razón, el mayor agravio que resintieron del gobierno de Porfirio Díaz fue la imposición de la autoridad central sobre los estados de la federación, el aplastamiento de la autonomía que había comenzado a afianzarse en los gobiernos estatales y municipales. Entre 1891 y 1894 una serie de reformas a las constituciones de los estados redujeron el poder de éstos en los asuntos políticos y ampliaron los del presidente. Como consecuencia de estas reformas los pueblos ya no tuvieron derecho a erigirse en ayuntamientos, el presidente municipal perdió su carácter electivo y se convirtió en un funcionario nombrado por el gobernador del estado o por el mismo presidente de la República. Los diputados y los gobernadores traicionaron sus apoyos locales y regionales y vinieron a ser peones de un ajedrez político jugado en palacio nacional por un jugador solitario.

Este ahorcamiento de las facultades de los estados y municipios rebasó el ámbito político y se reflejó en los medios sociales y culturales. Los grupos y asociaciones que desde mediados de siglo habían estimulado en los estados la aparición de las primeras geografías, planos y mapas del propio territorio, o alen-

tado ensayos de historia regional e impulsado el registro de la flora, la fauna, el folclore y las tradiciones lugareñas, todas esas variadas afirmaciones de la identidad regional fueron combatidas por el centralismo y el nacionalismo ejercidos desde la capital de la República. Así como el Estado-nación se propuso uniformar la lengua, la educación, la hacienda pública y la justicia, del mismo modo apoyó la elaboración de una historia orientada a borrar el florecimiento de memorias regionales y empeñada en unificar las contradicciones que el pasado y en el presente habían dividido el país.

Como es sabido, Díaz fue el constructor del primer Estado fuerte y moderno del siglo XIX. Su habilidad política generó un largo periodo de paz y produjo crecimiento económico y riqueza. Con esos recursos la élite política impulsó un programa antes imposible de imaginar, que proponía desaparecer las diferencias mediante la forja de una identidad cultural compartida por los diversos grupos sociales. La historia abarcadora de todas las épocas y temas, y el relato integrador de las diversas raíces de la nación que pedían diversas voces, se tornaron realidad en *México a través de los siglos*. El título y el subtítulo de esta obra monumental, dividida en cinco gruesos tomos lujosamente editados, era una respuesta a esas demandas: *Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual*.<sup>5</sup>

Tres aciertos hicieron de esta obra el logro mayor de la historiografía del siglo XIX. Para comenzar, tuvo la virtud de integrar pasados considerados enemigos en un discurso que unía la antigüedad prehispánica con el virreinato, y a ambos con la guerra de Independencia, los primeros años de la República y el movimiento de Reforma. El segundo acierto consistió en mirar cada uno de esos periodos como parte de un proceso evolutivo cuyo transcurso iba forjando la deseada integración nacional y

---

<sup>5</sup> *México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual*. México, Publicaciones Herrerías, 1939, 5 vols.

cumplía las leyes “inmutables del progreso”. El tercero residió en resumir el conocimiento atesorado por los estudiosos sobre cada uno de esos periodos y exponerlo en un lenguaje claro y atractivo, acompañado de magníficas ilustraciones. Los cinco volúmenes aportan la novedad de 2,000 ilustraciones, algo nunca visto antes en las obras históricas, la mitad de ellas especialmente solicitadas por Vicente Riva Palacio.

La suma de estas virtudes convirtió a *México a través de los siglos* en la obra que parecía restituirle a la nación sus diversos pasados en un discurso cohesivo y optimista. Instantáneamente, estos cinco volúmenes de prosa persuasiva conformaron el anhelado pasado donde anclar el presente y proyectar el futuro. De pronto, la joven nación resultó tener un pasado dilatado, recorrido por épocas turbulentas pero también por hazañas memorables. Como las naciones más admiradas de Europa, México tenía un pasado cuyos orígenes se remontaban a los tiempos más antiguos. Por primera vez los mexicanos pudieron unir los años de zozobra de los que había surgido la República con un pasado remoto que le brindaba los prestigios de la antigüedad y los blasones de la civilización.

Inevitablemente, por reunir esas virtudes, *México a través de los siglos* se convirtió en el canon historiográfico de su época. Su aparición le infundió al difuso pasado coherencia, animación y prestigio, dotó al país de una narración emotiva sobre la formación del ser nacional y elevó la literatura histórica a un lugar augusto. Su efecto en la conciencia nacional fue tan profundo e inmediato que once años después de su publicación motivó una síntesis magistral de la historia mexicana basada en sus extensos volúmenes. Esta síntesis fue obra de Justo Sierra, quien primero la publicó entreverada en los tres ampulosos tomos de *México: su evolución social*.<sup>6</sup> Cuatro décadas más tarde Alfonso Reyes tuvo la perspicacia de editarla como obra autónoma, bajo el título

---

<sup>6</sup> Justo Sierra (ed.), *México: su evolución social*. México, J. Balleescá y compañía, sucesor, 1900-02, 3 vols.

lo de *Evolución política del pueblo mexicano*.<sup>7</sup> Desde entonces se ha reeditado varias veces y goza la fama de ser uno de los mejores compendios de la historia nacional.

La *Evolución política del pueblo mexicano* se concentró en los mismos temas acotados por *México a través de los siglos*: la civilización precortesiana, la conquista, el periodo colonial, la Independencia, la República y la Reforma, más un capítulo final dedicado al Porfiriato. Al igual que Riva Palacio, Sierra adoptó el enfoque evolutivo, de modo que su obra presenta la historia del pueblo mexicano como una marcha ascendente hacia un futuro promisorio.

## EL ESTADO-NACIÓN VERSUS LAS IDENTIDADES REGIONALES, LOCALES Y GRUPALES

La aparición de un nuevo canon historiográfico que por sobre todas las cosas rendía culto a una inventada unidad de la nación a lo largo de siglos y proclamaba el mito de una identidad centrada en el mestizo, tuvo efectos negativos sobre el desarrollo de la historiografía regional y local, y trabajó en contra del reconocimiento de las identidades grupales y la efectiva integración social de la nación. Fue tan vigorosa la imposición de este canon centralista que todavía hoy, al comenzar el siglo XXI, carecemos de un ensayo sustantivo sobre el desarrollo y las características de la historiografía regional, y apenas se ha comenzado a prestar atención a grupos sociales distintos a los criollos y mestizos, los únicos reconocidos como protagonistas en la historiografía nacionalista de los siglos XIX y XX.

En un país compuesto por contrastadas formaciones regionales, la débil presencia de una historiografía regional es un dato indicativo del peso desmesurado que adquirió el centralis-

---

<sup>7</sup> Justo Sierra (ed.), *Evolución política del pueblo mexicano*. Prólogo de Alfonso Reyes, México, Ediciones de la Casa de España, 1940. Otras ediciones recientes son: Justo Sierra, *Obras completas*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, tomo XII y la de Alvaro Matute publicada por CONACULTA en su colección "Cien de México", 1993.

mo político, así como de hondas deformaciones en la misma disciplina histórica. La historia de las regiones que conformaron el espacio que más tarde fue llamado mexicano comenzó con los primeros asentamientos prehispánicos, pero sólo hasta el siglo XIX son perceptibles los registros iniciales de una conciencia histórica regional. Y antes de que pueda hablarse de la existencia de una conciencia histórica regional aparecen en la geografía, la toponimia, la nomenclatura rural y urbana, la iconografía, la gastronomía, el folclor, las artes populares, el grabado, la pintura y la fotografía vestigios claros de la existencia de una arraigada identidad local, regional y grupal. Entre los vestigios olvidados de la formación de las identidades colectivas sobresalen, para citar testimonios poco apreciados por los historiadores obsesionados por el documento escrito, los mapas y planos que se multiplican desde la fundación de la primera ciudad mesoamericana hasta el presente; las descripciones y diccionarios geográficos locales y regionales; la infinita sucesión de retratos y autorretratos etnográficos (así como de colecciones iconográficas) realizados en los materiales más diversos, que bastarían para trazar, junto con los recetarios gastronómicos y las colecciones de indumentaria, los primeros esquemas fidedignos de la formación de las identidades locales, regionales, étnicas y grupales.

Lo cierto es que antes de que se abrieran estas perspectivas a la indagación de las identidades colectivas, el primer registro reconocido de la identidad regional y local cobró la forma de relato histórico. Como se ha visto antes, el modelo de anales históricos inventado por los antiguos mesoamericanos para relatar la historia local y afirmar sus propias identidades se continuó durante la época colonial, transformado por las técnicas de la crónica europea. Así metamorfoseado se ha mantenido hasta nuestros días, aun cuando rebajado a ejercicio historiográfico menor. En la época colonial proliferan por primera vez las crónicas regionales escritas por los miembros de las órdenes religiosas, así como las descripciones geográficas y económicas de los territorios comprendidos por las audiencias y reinos. Sin embargo, después de esta explosión temprana del relato regional y local, en el siglo XIX se advierte una marcha difícil en ambos géneros, recorrida por caídas y ascensos alternativos. El primer as-

censo en número de obras y calidad historiográfica regional se registra a fines del siglo XIX, quizá como una consecuencia del desarrollo del federalismo en los primeros años de ese periodo, y de la afirmación de la identidad regional frente al centralismo absorbente que se manifiesta más tarde. No sorprende que los estados que más obras regionales registran a fines de ese siglo sean Yucatán, Oaxaca, Michoacán, Jalisco y Chihuahua, las entidades con mayor identidad étnica y regional, y las más ardientes defensoras —particularmente Yucatán y Jalisco— de la autonomía regional. Los gobiernos estatales y las élites locales son los principales impulsores del inventario regional. Sus autores no eran historiadores profesionales, pero, como advierte Luis González, escribieron sus obras con erudición y declarado amor a la patria chica.

En los años siguientes al periodo de la lucha armada (1910-1920) la historiografía regional experimentó otra aceleración, que se prolongó hasta 1940. En estos años la literatura y el relato histórico de tema costumbrista, local y regional remontan otra vez el vuelo. En el ámbito histórico los temas políticos mantienen su predominio, junto con las monografías enciclopédicas. Aparecen entonces los primeros estudios etnográficos sobre Teotihuacán, el área maya y la cuenca del Telpacaltepec, regidos por la disciplina antropológica. También se publican obras dedicadas al arte y la arquitectura colonial, y novedosos recuentos bibliográficos de lo hecho en los estados, al lado de las tradicionales efemérides repertorios geográfico-estadísticos, narraciones cronológicas y monografías descriptivas.

Pero como señala Luis González, la “historiografía mayor sigue apartada de lo provinciano”, pues su centro de atracción continuó siendo la ciudad de México. Desde finales del siglo XIX, y particularmente en el XX, los historiadores de distintos estados de la República registraron los agravios causados por el centralismo en la conformación cultural, social, política, territorial de sus regiones. En uno de los escasos estudios consagrados a la historiografía de los estados, José María Muriá hacía notar

que el primer agravio percibido por los jaliscienses en el ámbito de la cultura fue el arrebato de sus recursos humanos por el pulpo de la capital.<sup>8</sup> Luis Pérez Verdía, uno de los delatores iniciales de este malestar, observó que “muchos artistas [jaliscienses] de valía, en pos de Fama o Fortuna, emigran a la capital y en ella se establecen”.<sup>9</sup>

La historia escrita desde el centro del país vino a ser una narración exaltada de la unidad nacional que borró la silueta de las regiones y los pueblos. Como se ha dicho, la historia se convirtió en biografía del estado, y el faro que guió estas obras fue *México a través de los siglos*. Andrés Lira observa que esta literatura nacionalista se concentró en la exaltación del pasado prehispánico, el país mestizo y los héroes que escribieron la Constitución liberal de 1857 y encabezaron el movimiento de Reforma. Asimismo, los enemigos de esta literatura nacionalista vinieron a ser los hispanistas, los imperialistas, la Iglesia política, los indígenas vivos, los caciques regionales y las reivindicaciones locales y grupales.<sup>10</sup>

La historia que entonces importó relatar fue la historia de los tres movimientos que construyeron el Estado nacional: la Independencia, el movimiento de Reforma y la Revolución de 1910, de la cual emergió, finalmente, el Estado revolucionario. De este modo la historia del siglo XX se convirtió en “La historia del encumbramiento del Estado posrevolucionario, visto por él mismo”. A pesar de que estos tres movimientos tuvieron su origen en el interior del país y nacieron como reacciones contra la opresión centralista, el nacionalismo revolucionario los transformó en una suerte de arquetipo de la homogeneidad de la nación. De 1920 a 1970, durante cinco largas décadas la visión ofi-

---

<sup>8</sup> José María Muriá, *Ensayos de historiografía jalisciense*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1990.

<sup>9</sup> Luis Pérez Verdía, *Historia particular del estado de Jalisco desde los primeros tiempos de que hay noticia, hasta nuestros días*. 3 vols., Guadalajara, Tip. de la Escuela de Artes y Oficios del estado, 1910-11.

<sup>10</sup> Lira, Andrés, “Letrados y analfabetas en los pueblos indios de la Ciudad de México: la historia como alegato para sobrevivir en la sociedad política”, en *La memoria y el olvido*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985.

cial de la historia posrevolucionaria se impuso en la mentalidad de los historiadores, las instituciones, la investigación y las publicaciones, sin que nadie osara desafiarla. Fue una ideología que con el pretexto de cimentar la unidad política negó la diversidad territorial, la heterogeneidad social y la pluralidad cultural y política de la nación. Durante cincuenta años la hegemonía nacionalista se impuso asimismo sobre los ensayos de historiografía local y regional, los cuales reprodujeron sumisamente los temas, los actores y los enfoques canonizados por las instituciones centrales. Además, en los diferentes rincones del país se siguió resintiendo la extracción de talentos y la anemia de archivos, bibliotecas e infraestructura académica.

En esta perspectiva, quien se atreviera a propagar o difundir la singularidad regional era aplastado por una literatura que declaraba la uniformidad de la nación. Los rasgos de esta literatura los ha resumido así Carlos Monsiváis:

Por más de un siglo cobró fuerza una creencia que aún no se ha disipado: la creencia de que en México sólo hay dos regiones, la capital y las provincias. La capital concentra las potencias del país y la vitalidad intelectual, proyecta la imagen nacional y maneja los instrumentos teóricos que dotan de sentido a lo que acontece en las provincias [...] De acuerdo con esta visión arrogante, que no admitía desacuerdos, el único destino de las provincias era sufrir una historia lineal, padecer una historia abortada, una historia que llevaba impresa la huella del hombre fuerte. Dentro de este esquema, cualquier idea de regionalismos fue declarada impertinente, desafortunada o el colmo del localismo. Así, regional y local eran categorías opuestas en principio a lo nacional; eran fragmentos contrarios a la integración.<sup>11</sup>

Como advierte Timothy Anna, "la historiografía mexicana relativa al temprano siglo XIX es, en general, altamente centralis-

---

<sup>11</sup> Carlos Monsiváis, "Just Over That Hill: Notes on Centralism and Regional Cultures", en Eric Van Young (comp.), *México's Regions: Comparative History and Development*. San Diego, University of California, 1992.

ta en orientación"<sup>12</sup>, patriótica o nacionalista, contraria a las iniciativas que expresan la oposición de las provincias a los objetivos nacionales, inclinada a sobrevalorar la armonía política que supuestamente prevalecía en los días de los virreyes y proclive a considerar las demandas de las élites regionales como sinónimo de desintegración. Agobiado por esta perspectiva centralista, Luis González se convirtió en el más empecinado y eficaz de sus críticos, desde el horizonte del terruño:

Muy pocas veces nuestras minorías rectoras han apoyado la vocación universalista, de cruce de todas las culturas, de la sociedad mexicana en su conjunto, así como la vocación localista, el apego a la tierra de muchísimos mexicanos.

Para las minorías rectoras de México éste es uno e indivisible pese a sus dos millones de kilómetros cuadrados de territorio, [...] sus tres sierras madres, sus tres altiplanos, sus múltiples volcanes, la multitud de valles [...], las muchas regiones asoleadas y desnudas y las pocas regiones vestidas de verde [...] en suma, una tierra hecha de retazos, un suelo multiforme. En la élite política, sólo a regañadientes se acepta la disparidad del país en su aspecto humano, aunque salta a la vista que los ochenta millones de compatriotas no comparten un modelo racial único; son de variada tesitura física. En el extenso y poblado México perviven todos los niveles de la historia universal desde la época de la piedra pulida hasta la época de la computadora [...] Sin lugar a dudas existe una patria con características compartidas por casi todos los mexicanos, pero lo sobresaliente es un mosaico multiforme, una surtida variedad de paisaje, raza, estilos de cultura y niveles históricos que se agrupan en zonas, regiones y municipios.<sup>13</sup>

La crítica al Estado y la nación homogéneos se generaliza entre fines de la década de los sesenta y el principio de los años setenta y provocó una profunda revisión del pasado. En esos años, advierte Guillermo de la Peña:

---

<sup>12</sup> Timothy E. Anna, *Forgoing México, 1821-1835*. Nebraska, University of Nebraska Press, 1998.

<sup>13</sup> Luis González, *Invitación a la microhistoria*. México, Secretaría de Educación Pública, 1973.

... tanto el indigenismo oficial como el discurso de homogeneización de las culturas y los territorios comenzaron a enfrentar cuestionamientos radicales. Hubo, por supuesto, una crítica abiertamente política, surgida del movimiento estudiantil de 1968. Pero también hubo cuestionamientos que vinieron de académicos nacionales y extranjeros, de historiadores, geógrafos, sociólogos, y también de antropólogos, que expusieron las falacias centralistas subyacentes a muchas visiones oficiales del territorio de México. El historiador Luis González (1968), por ejemplo, contrasta la historia patria, escrita desde las ciudades y sobre todo la Ciudad de México con la historia patria, la que se vive y se percibe en el terruño.<sup>14</sup>

La obra del maestro Luis González sobre la historiografía regional inició un cambio de ciento ochenta grados en este ámbito.

Primero, porque su obra maestra (*Pueblo en vilo*) elevó la menospreciada historia local a los rangos más altos del prestigio historiográfico. Segundo, porque en su reiterada exaltación de las virtudes de la microhistoria (*Invitación a la microhistoria*, 1973, y *Nueva invitación a la microhistoria*, 1982), explicó con sencillez qué es, cómo se hace y para qué sirve la historia local. Y tercero, porque al hacer obra de propagandista de la historia local y regional no se asumió patrón de una nueva escuela, ni mesías portador de su teoría: simplemente declaró que era un adicto a una pasión hasta entonces vergonzante y descalificada por la historia académica. Gracias a este mensaje y a su inusitado discurso, que combina la erudición libresca con el lenguaje coloquial y vernáculo, la obra de Luis González ha encontrado una recepción excepcional en todos los rincones del país, y una respuesta multiplicada...<sup>15</sup>

---

<sup>14</sup> Guillermo de la Peña, "Territorio y ciudadanía étnica en la nación globalizada", *Desacatos*, núm. 1, primavera 1999, pp. 13-27.

<sup>15</sup> *Ibid.*